

Las Bibliotecas Públicas y Universitarias de la ciudad de Valencia

Diego Campos Lóriz

(Publicado en el Levante-EMV, 19.12.2000)



Con ocasión de la preparación de los presupuestos de la Generalitat Valenciana para el año entrante, tiene la Consellería de Cultura la ocasión perfecta para que la gestión del Partido Popular al frente de la Generalitat Valenciana perdure durante muchos años en el recuerdo agradecido de todos los valencianos. Me refiero a lo siguiente: la situación de las bibliotecas públicas y universitarias de nuestra ciudad es algo que solamente se puede calificar de tercermundista. En mi carta del 1 de diciembre de 2000 tuve la oportunidad de exponer al honorable señor conseller, don Manuel Tarancón, mi profunda preocupación al respecto. Hoy tengo el honor de dirigirme a usted in extenso, ilustrísima señora doña Consuelo Ciscar como directora general de Promoción Cultural, en esta carta abierta y, aunque me imagino que estará usted perfectamente informada, me permito comenzar por señalarle algunos extremos que definen el problema.

La Biblioteca Municipal Central de Valencia se encuentra en la plaza de Maguncia, una localización no precisamente céntrica ya que se encuentra junto al término municipal de Xirivella y bastante mal comunicada por la red de transporte público. Sus fondos son de 70.000 libros. ¿Son setenta mil volúmenes una cifra adecuada para una ciudad como Valencia? He vivido durante varios años en las cercanías de Boston, ciudad similar a la nuestra en lo que se refiere a población (ambas rondan el millón de habitantes), y puedo ofrecerle un término de comparación: su biblioteca municipal contiene más de seis millones de volúmenes en un hermoso edificio en pleno centro de la ciudad (que es donde deben estar las bibliotecas) en cuya fachada se puede leer la inscripción. "Un pueblo instruido nunca será sometido". Boston, pues cuenta con una biblioteca municipal cuyo tamaño es aproximadamente cien veces la de Valencia, y esto sin contar sus veinticinco bibliotecas satélites que se encuentran repartidas por toda la ciudad y por los alrededores.

La Biblioteca Pública de la Generalitat Valenciana, en la calle del Hospital, tiene sobre la municipal la ventaja de estar situada en el centro de la ciudad. Es también mayor pero, con unos fondos de aproximadamente 200.000 libros, resulta aún treinta veces inferior a la de Boston (La biblioteca municipal de Boston, en cuya fachada reza "Un pueblo instruido nunca será sometido" tiene cien veces más fondos que la de Valencia. Las dos ciudades, en cambio, cuentan con una población semejante). Esta biblioteca municipal nuestra, dependiente de la Consellería de Cultura, Educació i Ciencia y sita en la tercera ciudad de España, sí es de un tamaño comparable a la biblioteca municipal de otra ciudad en la que he vivido en Estados Unidos: Niagara Falls, en el norte del Estado de Nueva York, que no es más que un pueblo grande con una población de ... 40.000 habitantes.

Pasemos ahora a las bibliotecas universitarias. Con la excepción de ciertos fondos especializados que normalmente forman parte de las bibliotecas de los departamentos adecuados, es lógico y deseable que los fondos de las bibliotecas de las universidades públicas sean accesibles mediante préstamo a todos los ciudadanos, ya que se financian con el dinero de todos ellos. De hecho, durante mi vida en Inglaterra y Estados Unidos me he encontrado rodeado de bibliotecas universitarias a cuyas secciones de préstamo siempre he tenido fácil acceso incluso cuando no he pertenecido al mundo universitario.

Una de ellas, que puede servir también de punto de comparación, es la biblioteca central de la Universidad del Estado de New York en Búfalo (ciudad cuya población es también comparable a la de Valencia), situada en un edificio de cinco plantas y que alberga 1.500.000 libros y publicaciones periódicas (y esto no incluye los fondos de las otras nueve bibliotecas de los departamentos, más especializadas). Puedo añadir el detalle conmovedor de que esa biblioteca (como es usual en las universidades de este país) está abierta al público hasta las doce de la noche, incluso los domingos. En Valencia he visitado las bibliotecas de ambas universidades públicas y debo confesar que mi desolación ha sido total: la biblioteca de la Universidad de Politécnica dispone de 250.000 volúmenes, es decir, la sexta parte de los fondos de la biblioteca universitaria de Búfalo a la que me acabo de referir. No sé cuáles son los fondos de la biblioteca de la Universitat de Valencia, pero mucho me temo, por lo que pude juzgar en mi fugaz visita, que resulten igual de pobres. Claro que, en lo que a mí respecta, me daría exactamente igual que fueran veinte veces mayores o veinte veces menores, pues me encuentro con que, al no ser estudiante, profesor ni colaborador en ninguna de las dos universidades, no puedo tomar libros en préstamo (y el no poder hacer esto en mi propio país es algo que encuentro realmente insultante ya que se trata de lo que, repito, he podido hacer durante veinticuatro años en países de los cuales no era ciudadano). He hablado con profesores e investigadores universitarios que han compartido mi desolación, y con otros que, encogiéndose de hombros, han manifestado que ellos nunca iban a sus propias bibliotecas universitarias porque ya saben perfectamente bien que son un desastre.

El rizado del rizo, sin embargo, lo constituyen las bibliotecas (universitarias o no) sin libros. Como haberlas, haylas en nuestra ciudad. Un ejemplo: si usted traspasa la puerta señalada con el rótulo biblioteca de una de nuestras universidades privada, se encontrará en una sala llena de sillas y pupitres pero sin un solo estante ni un solo libro. Los libros (no sé cuántos, naturalmente) se encuentran tan cuidadosamente protegidos de los posibles lectores que éstos ni siquiera los pueden ver ni mucho menos tocar. Si usted desea tener en sus manos un libro de esta curiosísima biblioteca, debe rellenar paradójicamente un impreso que entregará en un pequeño mostrador al extremo de la sala, y sólo entonces se le facilitará el libro como si de un raro y preciado tesoro se tratara. El presunto lector, por tanto, debe renunciar a hojear y consultar los libros en sus estantes buscando el que más se ajuste a sus necesidades de cada momento.

El resultado lógico de la kafkiana situación que le acabo de describir es que en nuestra ciudad no existe el hábito de la lectura, ni la cultura del libro ni la costumbre de acudir a una biblioteca (y sospecho que la situación de la ciudad de Valencia es representativa de la situación de la Comunitat Valenciana en su conjunto). Con nuestras escasas y pobrísimas bibliotecas, ¿Cómo podrían existir tales hábitos ni tal cultura? Conozco en Valencia a personas extraordinariamente cultas que no han pisado una biblioteca pública en años, que saben vagamente que tales bibliotecas existen pero que no saben siquiera dónde están situadas: estas personas se abastecen de libros comprándolos en las librerías, aunque desde luego preferirían, como Anne Bancroft en *La última carta*, no comprar un libro sin haberlo leído antes (“sería como comprar un vestido sin habérmelo probado”). Por falta de bibliotecas públicas nuestros conciudadanos difícilmente son capaces de experimentar el placer de la lectura, ni tienen grandes posibilidades de formarse, instruirse y desarrollar un sentido crítico; nuestros estudiantes no pueden ampliar el temario de sus apuntes o libros de texto; nuestros profesionales carecen de acceso a material de consulta; a nuestros investigadores les falta la información actualizada que necesitan, y nuestra comunidad entera se degrada cultural e intelectualmente, se sume contenta en su despreciativa ignorancia y se encamina, alegre y confiada a lo que parece ser su meta final: convertirse en un mero destino turístico.

Creo que estará usted de acuerdo conmigo en que esta situación, que no sorprendería a nadie si tuviera lugar en (digamos) Nigeria, resulta vergonzosa en nuestra Comunidad. El poner los libros a disposición del público es proporcionarle acceso al legado literario y cultural, y al acervo de información humanística, científica y técnica, sin todo lo cual un hombre no podrá nunca formarse como una persona culta e informada, ni como un buen ciudadano, ni como un buen profesional. Es lamentable

e incomprensible que ésta sea la situación de Valencia tras 25 años de administraciones democráticas, pero así es.

Y ésta es también la gran oportunidad de la Consellería de que usted forma parte. Dentro de cinco semanas nadie se acordará del Encuentro Mundial de las Artes celebrado en nuestra ciudad el pasado mes de octubre con un coste de 100 millones de pesetas, ni de sus siete comisarios que cobraron a razón de 2,5 millones de pesetas cada uno, y ni siquiera de la fugacísima presencia de Bogdanovich y de Pollack en dicho encuentro (previo pago de 2,5 millones de pesetas cada uno). Dentro de cinco años nadie recordará la Bienal de Valencia que proyecta la Consellería para el año 2001 y que nos costará a los valencianos entre 900 y 1.000 millones de pesetas. Para unos valencianos sin bibliotecas públicas, este tipo de actividades (dirigidas a un público minoritario y generalmente acultural) son, y usted lo sabe, una serie de carísimos fuegos fatuos de motivación sobre todo política, perfectamente prescindibles, autobombo, puro escaparate y deseo de hacerse la foto.

En nada enriquecerán a Valencia, y ningún legado duradero dejarán tras sí, excepto una serie de publicaciones sobre papel satinado con profusión de fotografías en color y con unos textos vacuos y pedantes que nadie volverá a leer.

Pero si el actual equipo de la Consellería de Cultura, Educació i Ciencia lograra dejar tras de sí, al terminar su mandato, una red de bibliotecas modernas y bien equipadas: si esa red resultara accesible a todos los ciudadanos, ese equipo contaría sin ninguna duda con el reconocimiento y el agradecimiento de las generaciones venideras de valencianos. La Dirección General de Promoción Cultural haría exactamente lo que dice que quiere hacer: promover la cultura entre todos los valencianos. Esa cultura mayoritaria que no se encuentra en bienales, encuentros y festivales, sino sobre todo en bibliotecas bien abastecidas de libros, CD-ROM, publicaciones periódicas, cintas de video y grabaciones musicales.

Éste es el reto que nuestra Administración debe aceptar antes de que la situación llegue a hacerse irreversible. En caso contrario, quizás la dirección general que usted preside considere oportuno inscribir en la fachada de la biblioteca de la calle del Hospital y de las bibliotecas universitarias que dependen del augusto patrocinio de su Consellería, el lema "Con un pueblo al que mantengamos en la ignorancia podremos hacer lo que nos parezca".

✍

